



RECOGIDO EN "De esto
I
DE LOS BUBIS"

**"EN EL PAIS
DE LOS BUBIS"**

De MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1920.

JOSE Más, hijo de un Benito Más y Prat, poeta sevillano, de quien gustó antaño «La tierra de María Santísima», es un joven sevillano también como su padre, que lleva escritas unas ocho novelas, la mitad de ellas llamadas sevillanas. Novelas de que nada hemos de decir ahora aquí. Porque aun escribiendo por su parte novelas el que esto ahora escribe aquí, difícilmente soporta su lectura y menos si no están construidas como un drama, con rápida acción, diálogos apretados y la mayor sobriedad posible en anotaciones, sean de paisaje, sean de psicología. Pero José Más tiene ya una novela o si queréis un drama en su no larga vida, y es el del viaje que emprendió a nuestra colonia de la Isla de Fernando Poo, en la costa occidental del Africa, en el golfo de Guinea, a los doce años de su edad, a ganarse la vida, y donde permaneció siete años. ¡De los 12 a los 19 años! Los de la verdadera educación, aquellos en que se echa los cimientos del hombre social y civil, aunque los del hombre natural y doméstico se echen antes. Y de esta aventura de un muchacho ha surgido el libro que acaba de publicar titulado: "En el país de los bubis", es decir, de los indígenas de Fernando Poo.

Hay en este libro, lleno de interés como todos aquellos en que un espíritu de veras poético nos cuenta casos y cosas de países de salvajes, un largo pasaje sobre la primera caja de libros que llegó, para la venta, a Fernando Poo, pasaje que más de una vez tendremos que recordar. Los anteriores colonos de la isla tropical africana no tenían libros; "nos aburre la lectura", le decían a José Más, pero éste, a quien fué la lectura la que le lanzó a los doce años a su vida aventurera, deseaba libros para alimentar su fuente de acción. Porque él vivía y los otros se dejaban vivir, él era un emigrado, los otros emigrantes. Escribió a su casa pidiendo libros y le enviaron unas cuantas novelas de Julio Verne y del capitán Mayne Reid.

"¡Oh, cómo gocé — exclama — con aquellos cuadernos de portada azul; con aquellas hojas agarbanzadas, a dos columnas, de letra menuda; con aquellos ingenuos grabados en madera, donde adquirían vida real los personajes y las descripciones!"

Recordamos nuestra edad de los doce años, cuando, Quijotes casi infantiles, eran esas mismas novelas de Julio Verne y Mayne Reid nuestros libros de caballerías. Y aquel amigo que trastornado por su lectura estudió náutica y se embarcó de piloto para experimentar un naufragio. Y por cierto lo experimentó y no quiso volver a embarcarse. Lo que nos sugirió el primer pareado de unas aléluyas que escribimos por entonces, y que decía: "le gusta naufragar, y se hace una vez al mar".

Más nos cuenta cuál fué la primera carga de libros que llegó para la venta a Fernando Poo, casi todos novelas extranjeras en traducciones

la Casa Maucci — era la casa misma, en efecto, la que traducía, y son traducciones industriales — y cómo el primer volumen que se vendió fué el que incluye, "El jugador" y "Las noches blancas", de Dostoyevski y lo compró un oficial de infantería de marina. ¡Leer las noches blancas en una noche negra de Fernando Poo, no lejos del ecuador! O en una de aquellas noches de las que Más nos dice que "la luna es un sudario que se extiende sobre las olas muertas" y "es todo como una inmensa tumba donde hubieran sepultado al mar, al cielo y a la tierra".

Y a pesar de todo despréndese de estos recuerdos africanos, ecuatoriales, de un muchacho blanco desterrado entre negros, un vaho de tragedia muda, de tragedia sin palabras. Se siente la tragedia animal, casi vegetal, de la raza negra. El autor nos invita en una de las páginas de su libro a que comentemos la filosofía, que él llama paradójica y positivista, de los bubis al no invocar a "Rupé", el genio del bien, del que

Autob





dicen que nada tienen que temer puesto que su bondad es infinita, y sí a "Morimó", el genio del mal, que es a quien temen. ¡Pero si esto lo hacen los más de los cristianos! Si los más de los cristianos rezan más al Diablo—diablo quiere decir fiscal—que a Cristo y aunque crean hacer otra cosa! ¡Si rezando encienden dos velas, una a San Miguel y otra al Diablo, la encendida a aquél es de sebo y la otra de cera!

Más filosofía positivista tiene aquello de los fernandinos, negros nacidos en Fernando Poo, pero procedentes de familias de la costa del continente, que los días de fiesta por la mañana acuden a oír misa a la iglesia católica y por la tarde van a la protestante. Lo que lejos de ser, como el autor supone, un caso de ejemplar tolerancia, es un ejemplo de la más fina y sutil intolerancia. La tolerancia sería no ir ni a una ni a otra y no perseguirlas.

Hay en el libro pasajes de intensa poesía trágica. Y a las veces cuando menos lo parece. Como es en la sección titulada "Medallones" el dedicado a la negra fernandina Matá, que tiene veinte años y vive completamente libre en una casita de calabó y bambú. Tuvo amores con un blanco, que se volvió a España, y de quien tiene un hijo, se entrega cuando quiere y no por plata, «y bajo el cielo encendido de la isla, esta mujer sonríe, enseñando su blanca dentadura y henchidos de vida sus redondos senos, duros y negros como el ébano».

Hay otro precioso relato titulado "Las botas de montar" que es la historia de un blanco, Don Luis, a quien le salva la vida, heroicamente, defendiéndole, hacha en mano, una mujercita negra, Fanny, a quien quería con delirio y que llegó a ganarle algo más que la carne, o mejor, el cogollo de la carne, la fuente de la sangre: el corazón. "Quisiera haber nacido blanca para ser más digna de ti", le decía su mujercita negra colgándosele del cuello con los brazos. Y aquí está toda la tragedia muda de la raza negra, esa tragedia que apenas si se roza en el "Otelo", y todo el misterio de la existencia del mulato. ¡Que vaya si es misterio, aunque no lo parezca! Y algo que acaso entrevió Baudelaire. Porque no sabemos qué pensará de esto José Más, pero llegamos a creer que si una negra ha llegado alguna vez a desear haber nacido blanca para ser más digna de su blanco, acaso algún blanco, en alguna noche ecuatorial cargada de pesados aromas de la selva, ha deseado volverse negro para estar más cerca de su negra. O más bien que más cerca, más dentro.

Termina el libro con un tremendo relato, "La espuria", que es la narración horripilante del castigo que dan unos bubis a una de sus mujeres porque vivió con un blanco. La entierran viva, dejándole fuera el busto, después de haberle cortado una mano, mano que ve, a diez pasos de distancia, sobre la tierra removida. Y es terrible cuando bajan los cuervos, y luego un buitres, y al verla indefensa se atreven con aquella cabeza, aun viva, que sobresale de tierra. En esta página, la última del libro, el horror llega al extremo. No a más, sin embargo, que en el "Edipo", de Sófocles, el relato de cómo Edipo se saca los ojos con la aguja de una fibula tomada del vestido de su mujer y madre, Yocasta, luego que ésta se hubo ahorcado. Y es fácil que algunas de esas personas que tienen el corazón enfermo y que parecen creer que lo clásico es lo sedante—acaso lo narcotizante—se horroricen de esas que llamarán truculencias. Y, sin embargo, sin pasar por lo truculento, rara vez se llega a lo trágico, y sin llegar a lo trágico no se ha sentido la poesía.

De la visión de la raza negra, la de los bubis, que se desprende de este libro de un muchacho español que pasó entre ellos los años elementales y a la vez fundamentales de su vida social, se forma una nube de tragedia. Esos niños grandes, líbricos y crueles, borrachos y embusteros, que son los negros, y capaces, sin embargo, hasta de la santidad, pero de una santidad casi vegetal, constituyen uno de los más grandes misterios de la historia. Hay quien cree si a una gota de sangre negra, aunque perdida en un vasto lago de la otra sangre, no se deberá algo de lo que más nos inquieta en la historia—es decir, en el progreso—de ciertos pueblos. Dice la Biblia que quien ve a Dios la cara se muere.

La raza negra le ha visto la cara a "Morimó", el dios del mal, o le ha visto el cogote a Dios, y no se ha muerto, pero ha introducido la levadura de la muerte en el pan de la vida. Y no olvidemos que la esposa del "Cantar de los Cantares", del más encendido canto de amor, era, según parece, una negra. Negra, como la que cantó Baudelaire, el de las Flores del Mal, el poeta diabólico o mejor demoníaco, el de las drogas que matan en vida.

Pero José Más, joven, fresco y lleno de vida, está entre nosotros.





que dice Rensi respecto de la paz justa. Que la justicia de los unos pueda ser la iniquidad de los otros, tanto en la guerra como en la paz, es cierto. Ya lo habían observado hasta los grandes juristas del siglo XVIII, los cuales habían aconsejado por esto a los beligerantes que no abusaran siquiera de la justicia como enseña de guerra. Pero de reconocer esta verdad a establecer como Rensi que no puede haber más paz justa que la del vencedor y que el vencedor tiene el derecho de castigar al vencido tanto cuanto juzga necesario al propio interés, media gran trecho. Entre estos dos extremos está la paz convencionalmente justa, que los aliados de 1814 hicieron en Viena y de la que Wilson se había hecho promotor: la paz basada en algunos principios limitados de justicia, que vencidos y vencedores consienten en considerar como norma de justicia absoluta. Tal fué, en 1814, el principio de legitimidad, que no era otra cosa que la consagración de los Gobiernos hecha por el tiempo y por el afecto de los pueblos, algo que se parecía mucho más de lo que se piensa a la voluntad de los pueblos, de que se ha hablado tanto durante la guerra para hacer caso omiso de ella en la paz. Tales debieran haber sido los catorce puntos de Wilson, si hubieran sido mejor formulados y si los aliados de Europa los hubieran aceptado y aplicado lealmente, como se deben aceptar todos los principios de justicia convencionales y limitados, cuando se quiere que ellos resuelvan las cuestiones en vez de la fuerza.

También me parece demasiado simple la doctrina de la guerra que Rensi expone también en este volumen. Que en todas las grandes cuestiones en que los hombres están divididos, la fuerza sea la "última ratio" cuando la razón falla, con sus principios convencionales y limitados, no es discutible. "¿Por qué,— preguntaba yo hace diez años, en "Tra l Due Mondi",— la guerra es la suprema justa de los derechos y de los principios en lucha, y no se ha encontrado todavía ningún arcópago, tribunal o corte de justicia, ni siquiera la Corte de La Haya, ante los cuales puedan interponer apelación de sus ciegos y sanguinarios juicios?" Pero si la guerra está conaturalizada con la propia estructura del espíritu humano, no es cierto que ella sea siempre igual a sí misma.

De siglo en siglo cambian sus instrumentos y su espíritu. El arte de la guerra aplicado en el siglo XVI y en el XVII era muy distinto del puesto en práctica en los siglos XIX y XX. La civilización occidental no se encuentra hoy empeñada en la utopía de la paz perpetua como muchos parecen creerlo, pero quiere abolir una forma especial de guerra, la guerra absoluta e ilimitada, que arruina a vencedores y vencidos, y los condena, a pocos años de distancia, a la misma miseria y al mismo desorden; que devora hombres y riquezas, y ni siquiera es capaz de engendrar la paz. Que los pueblos y los Estados del mundo ba-

jarán todavía al campo, armados los unos contra los otros, es algo que no puede ponerse en duda. Pero sería necesario que no se repitiera en Europa otra guerra en que perezca junto con diez millones de hombres el concepto y el sentido moral de toda una civilización.

¡Cuántas otras observaciones de igual índole podría hacer si no me faltara el espacio! ¡Y qué instructivo sería buscar en la doctrina filosófica de Rensi, y en algunas de sus imperfecciones, la razón de estas deficiencias en la aplicación!

Pero discusiones de esta naturaleza no encuadran en una hoja cotidiana. Me reservo hacerlo en otro sitio y demostrar que Rensi se ha detenido a medio camino en su doctrina filosófica, por lo que corre el peligro de oponer al falso absolutismo de las doctrinas hoy en boga un relativismo que, si bien más modesto, también está lleno de peligros y de numerosas dificultades dialécticas. Aquí quiero solamente exhortar a las personas cultas, y sobre todo a los jóvenes, a leer y a meditar este libro. No obstante sus defectos, él ilumina ampliamente, si no por completo, el mayor de todos los problemas que hoy ponen a prueba la civilización occidental.

Europa está hoy sacudida por una formidable crisis del principio de autoridad, la más formidable con que haya tenido que luchar la civilización occidental. Para encontrar algo semejante en nuestra historia hay que remontarse hasta el tercer siglo de la era vulgar, a la gran ruina de la civilización antigua. En la extraordinaria aventura a que se lanzó la civilización occidental, de la Revolución Francesa en adelante, ha conquistado tierras y riquezas en cantidades fabulosas, ha descubierto en el mundo y en los hombres nuevas fuentes de saber, de poderío y de felicidad. Pero ha ido perdiendo uno por uno todos los criterios que podían servir para decidir qué hombres son los que tienen el derecho de mandar y cuáles el deber de obedecer. Porque un principio de autoridad no es otra cosa más que uno de esos criterios. Hoy todos quieren y creen tener el derecho de mandar y nadie quiere obedecer; la fuerza es la única que decide y la confusión crece.

El mal era antiguo, pero la guerra mundial lo ha agravado mortalmente. Adónde puede llevarnos, si dura, esta anarquía, que procede de una inmensa perturbación de los espíritus, no es difícil preverlo para quien conozca un poco a los hombres y su historia. Pero no será posible salvarse si las clases intelectuales a su vez, no entran en acción, y abandonando los pequeños juegos con que una cierta filosofía los invita a divertirse en los jardines de la Arcadia, mientras que el mundo arde por todas partes, no se precipitan afuera y se arrojan audazmente a las llamas, porque es realmente arrojar-se a las llamas el afrontar hoy esta cuestión terrible y saludable de la autoridad, a que todas las otras están vinculadas.